

todas luces, pero especiosa y, por este motivo, momentáneamente útil, quedó rota, y Napoleón se halló solo en el mundo con su orgullo y su ejército, ejército admirable, pero que estaba diseminado de Cádiz á Kowno.

De esta manera, el resultado de sus miras pacíficas después de Wagram era el siguiente: reunión al imperio de la Holanda; cautiverio del papa; rigores insufribles é infracciones inexplicables en la ejecución del bloqueo continental; prolongación indefinida de la guerra de España, y rompimiento de la alianza rusa, sin haber adquirido la alianza de la corte austriaca, con la cual se había contraído un enlace de pura vanidad!

Tal era la situación de Napoleón en 1811, al cabo de doce años de un reinado absoluto, ya como primer cónsul, ya como emperador. Una solución era de todo punto necesaria. Cansado de buscarla en la península desde que Massena había tenido que pararse ante las líneas de Torres Vedras, Napoleón dirigió sus miras á otra parte. El Austria y la Prusia, profundamente sometidas en apariencia, con el corazón ulcerado y la frente baja, no proferían una palabra que no fuese palabra de deferencia, y cuando más, elevaban una súplica, si es que tenían que defender algún interés demasiado lastimado. La Rusia, algo menos humilde, era la única que se atrevía á discutir con el amo del Occidente, pero empleaba para hacerlo el tono más suave. Conocíase que no había cesado de contar con su posición geográfica, si bien en Friedland pudo persuadirse que á la distancia del Sena al Niemen los golpes de Napoleón eran muy terribles todavía. Se quejaba con moderación de los perjuicios causados á su pariente, el duque de Oldenburgo; pedía que por un convenio secreto la tranquilizaran sobre el porvenir del gran ducado de Varsovia que Napoleón había ensanchado después de Wagram, y que no era nada ó debía ser la Polonia, y por último, se resistía á la nueva forma que se había dado al bloqueo continental, diciendo que cada cual debía ser libre de establecer en su país las leyes comerciales que juzgara convenientes, que ella había prometido cerrar los puertos rusos al comercio británico y que cumplía su palabra; pues si entraban sin duda algunos buques ingleses con pabellón americano, eran muy pocos, y ella no podía impedirlo sin que sus pueblos se indignaran; todo esto estaba dicho, como recordaremos, con una moderación suma y fundado en sólidas razones. En cuanto al ultraje hecho á su princesa, la Rusia se callaba, pero de un modo propio para probar que le había llegado al alma.

Estas objeciones exasperaron á Napoleón. Haberle resistido aun en silencio y sin que el mundo lo notara, era á sus ojos haber dado la señal de la desobediencia. En cuanto alguno, en cualquiera parte, oponía una objeción á sus voluntades arbitrarias, se daba por desafiado. Un cálculo se juntó en él á la ira del orgullo. Pareciendo difícil, y sobre todo largo, concluir la guerra de España en España; haciéndose esperar los efectos del bloqueo continental, y estando abandonada hacia tiempo la expedición de Boloña, creyó que debía ir á terminarlo todo en las márgenes del Dwina y del Dnieper; hubo de figurarse que cuando de Cádiz á Moscou no quedara ni sombra de resistencia, y que la Rusia se hallara reducida al estado de la Prusia ó del Austria, habría resuelto la cuestión europea; que la Inglaterra,

perdida la constancia, se rendiría, y que el imperio francés, extendido de Roma á Amsterdam y de Amsterdam á Lubeck, quedaría fundado, contando como vasallos los reinos de España, de Nápoles, de Italia y de Westfalia. En resumen, la ira del orgullo y el cálculo de concluir en el Norte lo que no concluía en el Mediodía, tales fueron las verdaderas y únicas causas de la guerra de Rusia.

Esta funesta empresa fué intentada con recursos formidables, y comenzó en Dresde por un espectáculo inaudito de poderío por una parte y de dependencia por la otra, dado por Napoleón y los soberanos del continente durante un mes entero. Estos últimos, más ulcerados y más humildes que nunca, se presentaron ante su soberano con la humildad en la frente y la rabia en el corazón. Aunque Napoleón, lejos de haber perdido ninguna de sus facultades de capitán, poseyera al contrario lo que una grande experiencia podía haber añadido al saber de su gran genio, sin embargo, el arte de la guerra había perdido alguna cosa en razón á la inmensidad y precipitación de las empresas que había llevado á cabo. Con efecto, en todas las artes sucede que se trabaja mal cuando se hace demasiado. Sus concepciones eran más vastas sin duda, pero la ejecución era menos perfecta. Sobre todo en la guerra de Rusia, las precauciones imaginadas contra un clima desconocido y temible habían hecho que se cargara al ejército con bagajes de transporte embarazoso aun á cortas distancias, é insufrible á distancias considerables.

Además, el deseo de elevar el número, y por otra parte, la costumbre de determinar todo mediante un buen manejo de las masas, habían hecho que se descuidara la calidad de las tropas. Un solo cuerpo quedó como modelo, el del mariscal Davout, y doscientos mil hombres como los suyos habrían ganado la causa que perdieron los seiscientos mil hombres trasladados más allá del Niemen. Mas ¡oh singular ejemplo de los progresos de la bajeza bajo el despotismo! Casi estaban enfadados con el mariscal Davout, porque se había mantenido tan severo y correcto con sus tropas en medio de la corrupción general. De este modo el arte que había llegado á su perfección teórica en las concepciones de Napoleón, se había corrompido algún tanto en la práctica. La campaña de 1812 presentó la imagen de una expedición como la de Jerjes. Apenas habían transcurrido ocho días después del paso del Niemen, cuando doscientos mil hombres habían abandonado ya las banderas y daban el deplorable y contagioso espectáculo de una disolución de ejército. Napoleón, si se hubiese detenido, quizá habría concentrado sus fuerzas, consolidando su base de operaciones, y habría logrado dar un golpe mortal al coloso ruso. Pero en presencia de la Europa, sorda y profundamente irritada y que deseaba nuestra ruina, se necesitaba uno de aquellos prodigios bajo los cuales la había acostumbrado Napoleón á doblegarse, como Austerlitz, Jena y Friedland. Napoleón corrió hasta las márgenes del Moskowa buscando este prodigio, le halló con efecto en la jornada del 7 de septiembre de 1812, pero fué un prodigio de carnicería nada decisivo; fué á buscar el fin en Moscou; encontró cosas maravillosas, luego un sacrificio patriótico espantoso, el incendio de Moscou, y permaneció casi todo un mes en las dudas y las incertidumbres á la extremidad

del mundo civilizado. Jamás seguramente demostró más tenacidad, más genio, en las combinaciones, que durante los veinte y tantos días pasados y perdidos en Moscou. Pero la constancia agotada de sus capitanes hizo falta á las combinaciones imaginadas para salir del abismo en que se habían arrojado. Preciso fué volver.

El clima y la distancia, obrando á la vez sobre un ejército que no podía con las cargas que llevaba consigo, y que contaba en sus filas un número demasiado crecido de extranjeros y de jóvenes, pusieron á las tropas en disolución, en medio de las heladas inmensidades de la Rusia. Al principio de la retirada, Napoleón tuvo algunos días de estupefacción que dieron á su carácter una apariencia de desfallecimiento; pero éstos fueron unos pocos días perdidos en contemplar y en reconocer su prodigioso cambio de fortuna. En el Berezina su carácter volvió á presentarse tal cual era, carácter que no flaqueó ni siquiera en Waterlloo. Los que acusan aquí al genio militar de Napoleón, se equivocan en sus juicios. El genio militar de Napoleón no tiene la culpa, sino que la tiene su voluntad delirante, impaciente contra todos los obstáculos, que queriendo extenderse de los hombres á la naturaleza, halló en la naturaleza la resistencia que ya no le oponían los hombres, y sucumbió á la fuerza de los elementos desencadenados. No fué, pues, el militar quien tuvo la culpa y fué castigado por el resultado, sino el déspota modelado á la manera de los déspotas de Asia. Con menos entendimiento del que tenía y en otro siglo, Napoleón quizá habría hecho lo que Jerjes, habría castigado al mar porque le había desobedecido. Sin embargo, algo se vió que recordaba esta extravagancia, pues durante algunos meses se oyó entre sus escritores un clamor inaudito contra el clima de Rusia, única causa, según ellos decían, de todos nuestros infortunios. La forma de las cosas puede cambiar, pero la locura humana es siempre la misma!

Napoleón, desertando su ejército, decían sus detractores, abandonándole sin piedad, dirá la imparcial historia, á fin de organizar otro, pasó en secreto la Alemania más estupefacta que él, y que también necesitaba tiempo para creer en su cambio de fortuna. Napoleón pudo escapar y volvió á tomar en París las riendas del imperio. La Francia consternada le suministró, con un celo en que no entraba ninguna indulgencia con respecto á sus errores, los recursos propios para vengar y levantar nuestras armas. Napoleón empleó estos últimos recursos con un genio militar experimentado y hecho más grande aún con la desgracia.

La Alemania sublevada había alargado las manos á la Rusia, y sólo faltaba el Austria en la unión de la Europa contra nosotros; de la conducta que siguieran con ella iba á depender la salvación ó la ruina de la Francia. El Austria tomó de repente una actitud tan honrosa como hábil, que ni siquiera había derecho para esperar, y que se debió únicamente al ministro negociador del matrimonio de María Luisa, el que trataba de salvar convenientemente la transición de la alianza á la guerra. Entre los pueblos de la Europa, que querían que todos los oprimidos se unieran contra el común opresor, y la Francia, que invocaba los lazos de la sangre, el Austria se hizo juez, franca y atrevidamente. Pedía, por cierto, poca cosa; pedía que renunciaran á esa Alemania francesa calificada de Confederación del Rhin; que devol-

vieran á la Alemania sus puertos indispensables, Lubeck, Hamburgo y Brema; que á ella le devolvieran Trieste, y, por último, que renunciaran á esa Polonia improvisada, que llamaban gran ducado de Varsovia. Bajo estas condiciones, nos dejaba la Westfalia, la Lombardía y Nápoles, á título de reinos avasallados; la Holanda y el Piamonte, la Toscana y los Estados romanos, constituidos en departamentos franceses, y nada decía de la España. Concedíanlos, pues, dos veces más de lo que debíamos desear y dos veces más de lo que habría podido conservar el hijo de Napoleón. Ahora bien, como Napoleón no quería creer que el Austria se atreviera seriamente á constituirse en árbitro entre él y la Europa, y como se lisonjaba de sostener victoriosamente la guerra, toda vez que la guerra se había aproximado al Rhin, se apresuró mientras negociaban á ganar dos batallas, la de Lutzen y Bautzen, donde sin caballería y con una infantería compuesta de muchachos puso en derrota á las mejores tropas europeas; luego tratando al Austria como á una potencia subalterna, y sin hacer caso ni de sus consejos ni de sus súplicas, convencido de que restablecería su grandeza sin ella y á pesar de ella, rompió el armisticio de Dresde y volvió á empezar su funesta lucha contra toda la Europa, que inauguró con una de las más hermosas victorias de su reinado, la de Dresde, lucha en que quizá habría salido victorioso, si se hubiese limitado á defender la línea del Elba, de Koenigstein á Magdeburgo. Pero, en la temeraria esperanza de rehacer de un solo golpe y en todo su esplendor su antigua grandeza, quiso extender su izquierda hasta Berlín y su derecha hasta las cercanías de Breslau, á fin de interceptar los socorros que habrían podido enviar de Praga á Berlín; y en tanto que personalmente quedaba victorioso sobre el Elba, fué vencido en la persona de sus capitanes, tanto en el camino de Breslau como en el de Berlín; tuvo entonces que concentrarse; lo hizo demasiado tarde: perdió la línea del Elba; trató de reconquistarla en Leipsick, y allí, en la acción guerrera más inmensa que han visto los siglos, luchó tres días consecutivos sin perder su campo de batalla; pero reducido á marchar en retirada, hubo de sufrir un funesto accidente, la explosión del puente de Leipsick, accidente fortuito en apariencia, pero inevitable en realidad, pues era resultado de las exorbitantes proporciones que Napoleón había dado á todas las cosas. Perdió, pues, una parte de su ejército, y esta deplorable desgracia le obligó á emprender del Saale al Rhin una segunda retirada, menos larga, pero casi tan triste como la de Rusia. El tifus acabó en el Rhin con aquel ejército que Francia le había suministrado para reparar el desastre de 1812.

Una vez en el Rhin, el Austria, persistiendo en su prudencia, ofreció á Napoleón la paz bajo las condiciones del tratado de Luneville, es decir, la Francia con sus fronteras naturales. Napoleón no dejó de aceptarla, pero manifestó su aceptación con una ambigüedad de lenguaje, dictada á la vez por el orgullo y por el temor de debilitarse mostrándose demasiado solícito en tratar nueva falta que era esta vez la consecuencia casi inevitable de las faltas anteriores. Pero la Europa, que habría temblado con la idea de invadir la Francia, supo muy luego, á medida que se iba acercando, hasta qué punto Napoleón se había enajenado los ánimos; en vista de

esto, se aprovechó de la ambigüedad de la aceptación para retirar sus proposiciones, y se encaminó en derecha hacia París. Napoleón, que creía tener tiempo para reunir fuerzas suficientes, y se consideraba como invencible en esta parte del Rhin, no contó más que con los tristes restos de Leipsick para hacer frente á la Europa; es decir, con sesenta ó setenta mil hombres, los unos extenuados y los otros muy jóvenes todavía, contra trescientos mil soldados aguerridos. En aquel momento le propusieron nuevamente la paz, pero con la Francia de 1790. Teniendo razón por primera vez contra sus consejeros; manifestando aquí, en vez del loco orgullo de un conquistador asiático, el noble orgullo del ciudadano; comprendiendo al fin que la Francia de 1790 estaría mejor en las manos de los Borbones que en las suyas, rechazó las proposiciones de Chatillon, y con las escasas fuerzas que tenía luchó hasta el postrer instante con heroísmo.

Puede decirse que la historia no presenta dos veces el espectáculo que se ofreció en los meses de febrero y marzo de 1814. En efecto, sus capitanes, atacados en todas las fronteras, se retiran en desorden y llegan á Chalons consternados. Napoleón, solo, sin otro refuerzo que el de su persona, corre á ellos, los reanima, devuelve la confianza á sus abatidos soldados, se precipita al encuentro de la invasión sobre Brienne y la Rothiere, se bate allí en la proporción de uno contra cuatro, y aun contra cinco; sorprende al enemigo por la violencia de sus golpes; consigue detenerle; se aprovecha entonces de algunos días de respiro conquistados con la punta de la espada para cubrir con fuerzas indispensables el Marne, el Aube, el Sena y el Yonne; conserva en el centro una fuerza suficiente para correr al punto más amenazado, y allí, como el tigre en acecho, espera una ocasión que ha entrevisto en las profundidades de su genio, y es la que debe presentarle la división del enemigo entre los ríos que corren hacia París. Hallándose justificada esta previsión, vuela hacia Blücher separado de Schwartzberg, le destroza en cuatro días, se vuelve al punto hacia Schwartzberg separado de Blücher, le pone en fuga, le hace correr de las puertas de París á las de Troyes; ve entonces al enemigo que por última vez le ofrece la paz, es decir la corona; no acepta el ofrecimiento porque no comprende los límites naturales; se precipita de nuevo contra Blücher, le encierra entre el Marne y el Aisne, se halla á punto de destruirle de una vez, y á punto de levantar maravillosamente su grandeza, cuando se abren las puertas de Soissons! Sin turbarse por este súbito cambio de fortuna, lucha en Craonne y en Laón con una tenacidad indómita; se halla próximo á alcanzar la victoria que Marmont le hace perder por una falta; se retira medio vencido, pero siempre firme, y todavía no desespera, aunque ya la maniobra de correr de Blücher á Schwartzberg no sea posible porque está conocida, porque no ha vencido á Blücher, finalmente porque las distancias entre unos y otros son muy cortas. Inagotable siempre en cuanto á recursos, imaginó entonces correrse hacia las plazas para recoger todas sus guarniciones y establecerse con cien mil hombres sobre la retaguardia del enemigo. Antes de emprender una operación tan atrevida, da en Arcis del Aube un nuevo golpe sobre el flanco de Schwartzberg con la idea de llamarle á sí, y acude en seguida

hacia Nancy, cuando el enemigo, decidiéndose á marchar sobre París, consigue derribar sus puertas. Napoleón vuelve á toda prisa, encuentra al enemigo dispersado en las dos orillas del Sena, y se dispone á destrozarlo, cuando sus capitanes le arrancan la espada castigándole así demasiado tarde de lo mucho que había abusado de ella; y entonces el hombre de las guerras victoriosas termina su carrera, después de haber desplegado todos los recursos del carácter y del genio en una lucha desesperada, donde añade al brillo, al atrevimiento, á la fecundidad de sus primeras campañas, una cualidad que no había demostrado aún y que demuestra en esta ocasión hasta el prodigio, la constancia inalterable en la desgracia.

Tal fué la carrera de Napoleón desde su principio hasta su fin. La hemos reunido en algunas páginas, para que resalte mejor; y ahora vamos á resumir este resumen, para deducir de él las profundas lecciones que contiene.

En medio de la Francia anegada en sangre, indignada con el espectáculo á que había asistido durante diez años, el general Bonaparte se apoderó el 18 brumario de la dictadura, lo que no fué, por más que digan, ni una falta, ni un atentado. La dictadura no era entonces una invención del servilismo, sino una necesidad social. Para que la libertad sea posible, es preciso que tanto los gobiernos como los partidos y los individuos oigan cuanto quieran decirles con una paciencia inalterable, y apenas son capaces de esto cuando, no teniendo nada formal que echarse en cara, sólo pueden temer el veneno de la calumnia. Pero cuando los hombres de la época podían acusarse con justicia de muertes, expoliaciones, traiciones y pactos con el enemigo exterior, es una pura ilusión imaginarlos enfrente unos de otros discutiendo pacíficamente los asuntos políticos. Por consiguiente, no se debe pedir cuenta al general Bonaparte de haber tomado la dictadura, sino del uso que hizo de ella de 1800 á 1814.

Cuando á la vista de los horribles desórdenes de una larga revolución, su genio, tan sensato como grande, se consagraba á reparar faltas ajenas, nada dejó que desear. Había encontrado á los franceses encarnizados unos contra otros y pacificó la Vendée, llamó á los emigrados y hasta les devolvió una parte de sus bienes. Encontró el cisma establecido y conturbando todos los ánimos, y aunque no abrigara la pretensión de destruirle con su espada, se dirigió respetuosamente al jefe espiritual del universo católico, á quien había restablecido sobre su trono, le convenció con sus razones, le condujo á reconocer los legítimos resultados de la revolución francesa, obtuvo de él la consagración de la venta de los bienes de la Iglesia, la deposición del antiguo clero y la institución de otro clero nuevo y ortodoxo, la absolución de los sacerdotes juramentados ó salidos de las órdenes, y al cabo de una negociación de cerca de un año, obra singular de habilidad y de paciencia, compuso sobre todas las relaciones del Estado con la Iglesia una admirable constitución, la única de nuestras constituciones que haya tenido vida, el Concordato. La revolución había comenzado nuestras leyes civiles bajo la inspiración de las más locas pasiones; él las continuó y las acabó bajo la inspiración de la sensatez y de la experiencia de los siglos. Restableció las contribuciones

necesarias, abolidas por los aduladores de la muchedumbre; organizó una contabilidad infalible, y creó una administración activa, fuerte y de mucha probidad. En cuanto al exterior, altanero y resuelto, pero contenido, supo emplear la fuerza uniéndola á ella la persuasión. En Suiza llevó á cabo una segunda pacificación de la Vendée, en virtud del acta de mediación que, cambiando de nombre, ha venido á ser la Constitución definitiva de la Suiza. Reconstituyó la Alemania trastornada por la guerra, indemnizando á los príncipes desposeídos con los bienes de la Iglesia, y restableciendo un buen equilibrio entre los confederados. Teniendo así con mano justiciera y firme la balanza de los intereses alemanes, y haciendo que se inclinara ligeramente hacia la Prusia sin irritar al Austria, preparó la alianza prusiana, la única posible entonces, y que era suficiente para la Francia. Después de haber operado de este modo, tanto en el exterior como en el interior, el bien practicable y apetecido, admirado del mundo y adorado de la Francia, no le faltaba más que dormirse en el seno de aquella gloria tan pura, y permitir al mundo cansado que fuera partícipe de su sueño.

¡Vana ilusión! Aquel hombre, que había juzgado y reprimido con tanto acierto las pasiones ajenas, no supo contenerse así que se vió herido en las suyas. Los emigrados refugiados en Londres le insultaron: la Inglaterra les dejó hablar, porque según sus leyes no podía impedirlo, y además les escuchó porque lisonjaban sus celos. ¿Qué había en eso de extraordinario, y qué razón había para sorprenderse y sobre todo para irritarse? Pero aquel héroe, aquel hombre sabio y juicioso, que el mundo admiraba, estaba fuera de sí: pidió venganza, y no habiéndola obtenido á satisfacción de su cólera, ultrajó al embajador de la Gran Bretaña. En tanto que sólo era preciso tener paciencia durante algunos días para que la Inglaterra evacuara á Malta, rompió la paz de Amiéns y puso así á Malta para siempre en manos de los ingleses. Los emigrados que le habían injuriado, conspiraron contra su vida y, por desgracia, había príncipes que fueron sus confidentes ó sus cómplices.

En la impotencia de alcanzar á todos, fué á un territorio neutral á coger á un príncipe que quizá no ignoraba esas conspiraciones, pero que ninguna parte tenía en ellas, y le mandó fusilar implacablemente. La Europa indignada reclamó contra esta violación de territorio y él insultó á la Europa. Por desgracia, en su alma trastornada, las pasiones habían vencido á la razón, y llegando á ser revoluciones de todo el mundo las de aquel genio poderoso, la política viril y contenida del consulado cedió ante la política ciega y desordenada del imperio. Esta fué la primera de las grandes faltas del primer cónsul y la más decisiva, pues de ella dimanaron todas las restantes.

En lucha con la Gran Bretaña, el primer cónsul quiso combatir con ella cuerpo á cuerpo, atravesando el estrecho; pero no podía cruzar el mar con seguridad sin tener apaciguado el continente, y entonces tomó á Génova! El continente se sublevó, y la guerra, en lugar de ser marítima, se hizo continental, lo que no era de sentir, pues de este modo le proporcionó la ocasión de batir á la Inglaterra en la persona de sus aliados y de resolver en tierra la cuestión en vez de resolverla sobre los mares. Después de haber derrotado al Austria en

Ulm y en Austerlitz, hizo volver á su territorio á la Rusia humillada y confusa, y cubrió de ridículo á la Prusia, que había querido imponerle la ley. El momento era oportuno para entrar en razón, para encerrarse en los límites de la paz de Luneville y de Amiéns consolidada, y con mayores ventajas que en un principio; no haciendo sufrir al Austria más que las pérdidas inevitables, y aun indemnizándola si era necesario; consolando á la Prusia de las amarguras de su apurada posición por medio de consideraciones y donativos que no la avergonzaran, y no pidiendo á la Rusia sino que se apartase de una contienda que le era extraña, Napoleón habría aislado á la Inglaterra, la habría obligado á negociar, bajo las condiciones de su agrado, y habría proseguido la política consular, con su título de emperador, reconocido por todo el universo, y con algunas adquisiciones, inútiles, sin duda alguna, pero muy brillantes. Desgraciadamente, en vez de considerar sus triunfos de Ulm y de Austerlitz como lo que eran y debían ser, como un medio de vencer á la Inglaterra por tierra, vió en ellos la ocasión para fundar la monarquía universal en que soñaba. Esta fué la segunda de sus grandes faltas y aquella que debía comprometerle definitivamente en la vía de la política locamente conquistadora. Entonces sin tregua ni descanso tomó Nápoles para su hermano José, la Lombardía para su hijo adoptivo Eugenio, y la Holanda para su hermano Luis, destinados los tres á ser reyes vasallos del gran imperio de Occidente; desordenó la Alemania, que había reconstituido y que era una de sus obras más gloriosas; creó una Alemania francesa con el título de Confederación del Rhin, una Alemania de la que se hallaban excluidas la Prusia y el Austria; se puso la corona de los césares en la cabeza y humilló á la Prusia con el donativo del Hannover! Y, sin embargo, era tan poderoso á la sazón, que ni aun con estos excesos hizo imposible la paz, tanto la deseaban tener con él las naciones todas. La Rusia le había enviado á Mr. de Oubril, y la Inglaterra al lord Lauderdale, sin pedir más satisfacción, al cabo de tantas y tan inauditas empresas, que la Sicilia para la casa de Borbón y la Cerdeña para la casa de Saboya. Napoleón, queriendo tratar separadamente con la Rusia y con la Inglaterra, para inclinarlas mejor á sus caprichos, perdió la paz con entrambas, la paz que habría sido la consagración de todas las cosas grandes que había hecho; negó una simple explicación á la Prusia, con motivo de la restitución del Hannover á Jorge III, y así se volvió á encontrar desde entonces empeñado en la guerra universal. Pero es verdad que poseía los mejores soldados del mundo y que era el primer capitán de los tiempos modernos, quizá de todos los tiempos. En pocos meses aniquiló al ejército prusiano en Jena y acabó la destrucción del ejército ruso en Friedland.

Desde aquel instante, la envidia nada podía ya contra su orgullo; no podía ya oponerle ni el ejército de Federico el Grande, que se había desvanecido en un día, ni las distancias, que debían hacer invencible á la Rusia. Otra ocasión era ésta más propicia aún que la de Austerlitz para entrar en la verdadera política, y emplear su poderío en el continente para privar de una vez á la Inglaterra de todo aliado, dando, verbigracia, al Austria las provincias del Danubio, y castigando con esto no más á la Rusia; levantando á la Prusia abatida

con la devolución de todo lo que había perdido por su imprudencia, lo que le habría colmado de sorpresa, de júbilo y de gratitud: y seguramente, con el Austria consolada, con la Prusia unida de una manera indisoluble á la Francia, y con la Rusia dos veces castigada por su imprudente intervención, la Inglaterra aislada para siempre se habría rendido, y el gigantesco imperio imaginado ya por Napoleón habría quedado consagrado. Pero desgraciadamente subsistía la causa que le había hecho salir de la política moderada de 1803, y que le había impedido volver á ella después de Austerlitz, y Napoleón, embriagado de orgullo, tratando de sistematizar sus faltas para excusarlas á sus propios ojos, suprimiendo en su idea, como si no se hallaran existentes, la mayor parte de los Estados de la Europa, no quiso ver sino dos grandes imperios, el de Occidente y el de Oriente, apoyados el uno en el otro, y dando rienda suelta á favor de este apoyo á todos los excesos de poder imaginables para el mundo esclavo. Esta fué la tercera de las grandes faltas de Napoleón, pues aquella alianza rusa, que se convirtió en único fundamento de su política, no podía ser más que una mentira ó un atentado contra la Europa, si abría el camino de Constantinopla á su aliado. Pero ¡ay! arrastrado por el torrente de la conquista, iba tan rápido y reflexionaba tan poco, que no se había dicho hasta dónde dejaría á la Rusia que se adelantara en el camino de Constantinopla, ni qué es lo que haría de aquel gran ducado de Varsovia, que no siendo la Polonia, no era nada. Lo que sí había pensado es que, á beneficio de la complacencia de la Rusia, resolvería la cuestión de España, cuestión que, en aquel tiempo, las dominaba á todas en su espíritu. La España, que se había quedado en poder de los Borbones, era lo único que faltaba á su vasto imperio, y le urgía convertirla en uno de los reyes vasallos del Occidente. La España sometida, avergonzada de su estado y pidiéndole una política, un gobierno, una esposa, quizá le hubiera pedido un rey si él hubiera sabido tener paciencia; pero tan incapaz entonces de paciencia como de moderación, había imaginado hacer huir á los Borbones de Aranjuez para prenderlos en Cádiz. Después, como el pueblo español se opusiera á su fuga, los había atraído á Bayona, había precipitado en una contienda al padre y al hijo, se había prevalido de sus divisiones para declarar al uno incapaz y al otro indigno, y había terminado aquella negra comedia con una usurpación que indignó á la Europa, sublevó á la España y convirtió á ésta en una inmensa Vendée, en cuyo seno un pueblo nuevo como los españoles, y un pueblo tenaz como los ingleses, nos suscitaron una guerra eterna. Esta falta fué la cuarta del reinado imperial, y la mayor seguramente, después de la de haber salido de la política moderada de 1803; pues ella causó la ruina del ejército francés, único apoyo de la dinastía de los Bonapartes, desde que Napoleón había dado la fuerza por base á su reinado.

Bailén, nombre funesto, Bailén fué el primer castigo del atentado de Bayona. Al aspecto de los campesinos sublevados, que hacían frente á nuestras tropas y las obligaban á capitular, la Europa abatida recobró el ánimo y el Austria impaciente dió en 1809 la voz del levantamiento general. Napoleón, privado de sus mejores soldados, que estaban en España, acudió sobre el Austria con reclutas, hizo prodigios en Ratisbona, se

expuso á un gran peligro en Essling por exceso de precipitación, cumplió nuevas hazañas en Wagram y acabó con esta primera sublevación europea, cuya señal había dado el Austria antes de tiempo.

Sin embargo, la tierra había temblado bajo los pies de Napoleón, y algunos rayos de luz habían penetrado en su cerebro demente. Había conocido la necesidad de pacificar á la Europa y había formado el proyecto de evacuar la Alemania, de aplicar con perseverancia el bloqueo continental, de terminar la guerra de España, consagrándose á ella exclusivamente, de imponer la paz por este doble medio á la Inglaterra, y de descansar luego teniendo quieto al mundo, casándose para dar un heredero á la monarquía universal.

Con estas miras pacíficas, Napoleón en quince meses había reunido al imperio la Holanda, Brema, Hamburgo, Lubeck, Oldemburgo, la Toscana y Roma; había hecho prender al papa; había prohibido á los comerciantes del continente que comerciaran con los ingleses, mientras concedía licencias á los comerciantes franceses para que fueran á Londres y volvieran; en fin, se había casado con una archiduquesa austriaca, sin dignarse recoger la palabra que había dado á la hermana de Alejandro, porque le habían hecho esperar; y así había terminado la mentira de la alianza rusa, que había valido á la Rusia la Finlandia y la Besarabia ¡y á nosotros la facultad de perdernos en España!

No obstante, el continente, aunque devorado de odio y de furor, se sometía bajo la impresión de la batalla de Wagram. Únicamente la Rusia había presentado algunas observaciones sobre el territorio de Oldemburgo, arrebatado á unos príncipes de su familia; sobre el modo de comprender el bloqueo continental, y sobre el gran ducado de Varsovia, sucesivamente aumentado, de modo que llegara á ser en breve una Polonia. En vista de esto, Napoleón, hallando interminable la guerra de España, así como el bloqueo continental, quiso penetrar en Rusia, imaginándose que, cuando hubiera castigado á tal distancia á una potencia que se había atrevido á levantar la voz, habría puesto fin á la terrible lucha emprendida contra el mundo civilizado. Esta fué la quinta de sus grandes faltas y no sabríamos apreciar hasta qué punto es más ó menos grande que las anteriores, por la dificultad de pronunciarse sobre ellas, decidiendo cuál es la más grave, sin haber roto la paz de Amiéns, haber soñado la monarquía universal después de Austerlitz, haber fundado su política después de Friedland en la alianza inexplicable de la Rusia, haber ido á España ó haberse precipitado en el camino de Moscou. Sea como fuere, á la cabeza de seiscientos mil soldados, quiso esta vez luchar contra los hombres y contra la naturaleza. Pero la naturaleza se defendió mejor que los hombres y resistió en esta ocasión oponiendo alternativamente al vencedor de los Alpes la distancia, los calores, el frío y el hambre. Y sin embargo, hasta la naturaleza habría podido ser vencida con el tiempo; pero Napoleón no tenía tiempo para nada: el mundo sordamente conjurado contra él no quería darle un instante de tregua, y era preciso que saliera vencedor en una campaña. Entonces sucumbió en una catástrofe que será la más trágica en la historia.

La Francia desolada le dió generosamente recursos bastantes para rehacer su grandeza y la nuestra, y estuvo

á punto de alcanzar ese gran resultado después de Lutzen y de Bautzen, y con mayores ventajas de las que se podían esperar, cuando la loca esperanza de rehacerla enteramente y de un solo golpe le hizo cometer la sexta de sus grandes faltas, que fué la última porque consumó su ruina, induciéndole á rechazar las condiciones de Praga y á ensanchar el círculo de sus operaciones de Dresde á Berlín, en tanto que concentrando sus fuerzas detrás del Elba habría podido hacerse inexpugnable. Obligado á dejar la Alemania, recibió un postrer ofrecimiento, el de la frontera del Rin, al cual respondió de un modo ambiguo, por temor de que le creyeran ansioso de tratar; y mientras perdía un mes en explicarse, la Europa, aprovechando este tiempo para ilustrarse sobre la situación de la Francia, recogió su oferta y pasó el Rin. Napoleón, empleando entonces en rechazar condiciones que eran humillantes los talentos y el carácter que había empleado en perderse, concluyó como un grande hombre un reinado que había principiado en igual condición, pero que vició en su curso medio por una ambición parecida á la de los conquistadores de Asia; reinado singular, del cual puede decirse que fué perfecto, si los hay, en su origen, de una extravagancia suma en su curso medio, y en su fin heroico cual ninguno.

De esta manera Napoleón, hombre grande y fatal, después de haber llegado á la perfección durante el consulado, abandona la política fuerte y moderada de 1803 á la primera herida que recibe su orgullo; quiere arrojar sobre la Inglaterra, le desvía de su propósito el continente provocado por él mismo; le castiga cruelmente; podía entonces, mediante un esfuerzo de generosidad y de sabiduría, volver á entrar en la buena política, primero en Austerlitz y luego en Friedland; pero poderosísimo sobre el mundo y sumamente débil sobre sí mismo, se lanza en el campo de las quimeras, sueña un vasto imperio de Occidente, que debe abrazar la Europa civilizada desde la Polonia á la España; para ayudarse en la realización de su sueño, dá pábulo á la ilusión rusa: recibe, sin embargo, en Essling y en Wagram, un primer aviso de la Europa exasperada; piensa en aprovecharlo; podría, quizá, con moderación y con paciencia, consolidar su quimérico imperio; pero, incapaz de paciencia y de moderación, quiere precipitar ese resultado; corre á Rusia y no precipita sino su propio fin; podría después de Lutzen y Bautzen salvar de su grandeza más de lo que era apetecible, y por no haber aceptado en Praga esa transacción con la fortuna, cae para no levantarse jamás. Esta es en algunas palabras la historia de su reinado.

Si á fin de descubrir el verdadero sentido de este espectáculo extraordinario, retrocedemos un poco como se hace con un objeto demasiado grande, para que pueda ser juzgado de cerca; si retrocedemos hasta la revolución francesa, entonces todo se explica; y vemos que es una de las fases de aquella inmensa revolución, fase trágica y prodigiosa, como las demás, y que se reconoce en este carácter esencial del régimen imperial, la intemperancia. De 1789 á 1800 asistimos al primer arrebató de la revolución francesa; de 1800 á 1814 vemos la reacción sobre sí misma, reacción cuya expresión soberana es el imperio, y en ambos períodos se destaca el delirio de las pasiones como rasgo dominante. La

revolución francesa se lanzó en el campo de las reformas sociales, con el corazón henchido de sentimientos generosos, con el ánimo lleno de ideas grandes y fecundas; tropieza con obstáculos que la sorprenden y la irritan, como si el carro de la humanidad al rodar por la tierra debiera encontrar siempre el camino llano; se exaspera, se embriaga en su propia furia, derrama abundantemente la sangre humana en el cadalso; subleva al mundo; ella misma se subleva también con sus propios excesos, y de este sentimiento nace un hombre, grande como ella, que como ella quiere el bien pronto, ardentemente y por todos los medios, y el bien consiste entonces en hacerla retroceder, en contradecirla, en darla lecciones. ¡Ah! Cuando sólo fué preciso dar lecciones á la revolución francesa, Napoleón se las dió, y fueron admirables. Condena el regicidio, la guerra civil, el cisma, el cautiverio del papa, la república universal, el furor de la guerra, y abre las puertas á los emigrados, lleva al papa á Roma, concluye el Concordato y concede á la Europa la paz de Luneville y de Amiéns.

Pero el mundo no es más que un conjunto de obstáculos con los cuales hay que tropezar sea cual fuere el sentido en que se marche. A la primera falta de sus adversarios, digno hijo de su madre, intemperante como ella y enemigo de resistencias y tardanzas, el primer cónsul se arrebató, comete un regicidio en Vincennes, abre otra vez las puertas al cisma, encierra al papa en Fontainebleau, cae de nuevo en la guerra, que esta vez se hace general é incesante, substituye á la república universal la monarquía universal, y, fenómeno de pasión inaudito, así como la revolución de que era continuador, representante é hijo, como se le quiera llamar, deja en pos de sí calamidades inmensas, grandes principios y una gloria resplandeciente. ¡Las calamidades y la gloria son para la Francia, los principios para el mundo entero!

Si después del asombro, la admiración y el espanto que este espectáculo produce, se quiere sacar de él una lección profunda, una lección que jamás se olvide, preciso es sentar que el refrenarse es el primer deber, aun tratándose de lo más hermoso y generoso de las revoluciones y del más grande de todos los mortales. Podrá decirsenos que es una lección trivial; pero responderemos que, si es trivial, también es siempre nueva, al ver cómo la aprovechan las generaciones que se suceden; lección que es preciso repetir sin cansarse nunca, y que constituye ella sola el resumen de la sabiduría privada ó pública. En efecto, el ánimo no falta nunca á los individuos ni á las naciones y á los grandes individuos; lo que les falta es la templanza, la razón, el imperio sobre sí mismos.

Para los hombres privados ó públicos, ordinarios ó extraordinarios, para las naciones, para las revoluciones principalmente, que no son á menudo más que un arrebató irreflexivo hacia el bien, todo está en saber refrenarse, de esto depende su honradez, su habilidad y su fortuna. Cuando no saben contenerse, es decir, gobernarse, pierden la causa que en el exceso de su amor quieren hacer triunfar, mediante la precipitación ó la violencia. Tengamos siempre á la vista estos tres ejemplos memorables; la Convención perdió la libertad, Napoleón la grandeza de la Francia, los Borbones la legitimidad, esto es, aquello mismo cuyo triunfo les estaba